

Antonio Guedes González
IES Joaquín Ariles (Aguimes)
CANARIAS



¿Qué es el amor? ¿Una conexión especial que une a dos personas? No estoy de acuerdo. Y así lo explicaré en mi historia.

La verdad es que el principio de mi locura se remonta a cuando mi inexperto ser tenía la edad de seis años. Yo vivía en Vega de Río Palmas, un pueblo situado en el interior de la isla de Fuerteventura.

Como todo niño de mi edad, mis gustos se reducían a jugar y estar con mis amigos, me gustaba jugar con ellos en la calle todo el día, era alguien muy extrovertido. Pero todo eso cambió un mágico 27 de diciembre.

Mi abuela insistió en dar un paseo por las montañas, las cuales estaban muy cerca de mi núcleo urbano. Mi abuela las conocía bien. Ella me contaba historias de su niñez, y siempre se situaban en aquellas montañas tan antiguas. Pero no me entretendré con eso.

El sol se ponía ya en el inmenso mar cuando, al llegar a lo alto de la loma de una montaña, encontramos un viejo acebuche. Nos sentamos entonces bajo su sombra, la cual poco a poco se unía con la oscuridad que la luna traía consigo.

Mi abuela no decía nada. Solamente miraba al horizonte con sus ojos cautivadores.

- ¿Qué observas abuela? - pregunté curioso.
- Las estrellas - contestó ella.
- ¿Las estrellas? ¡Si aún no se pueden ver!
- Son unas estrellas que no puedes ver tú. Solo las veo yo.
- ¿Y por qué yo nos las puedo ver?
- Porque esas estrellas están en mi corazón. Al dirigir la mirada hacia La Atalayera veo mis estrellas. Para mí las montañas son algo muy importante en mi vida. Toda mi infancia se basan en ellas. Esa es la razón de por qué mis estrellas se encuentran ahí.

Me quedé atónito. Jamás pensé que mi abuela pudiera ser tan poética.

Y eso me hizo pensar. ¿Dónde están mis estrellas? “Quizás son tímidas y no se pueden ver” - pensamiento que cruzó mi cerebro dirigido por mi bonita inocencia.

Los próximos días todo sería diferente. Dejé de jugar y salir con mis amigos. Lo único que deseaba era encontrar las estrellas (concepto que por aquél entonces no comprendía bien).

Todas las tardes de cada día y cada mes recorría aquellos senderos hasta llegar al acebuche y acostarme sobre la hierba que allí crecía, bajo su sombra.

Cada día que pasaba la ira se iba apoderando más de mí. ¿Por qué razón no podía encontrar mis estrellas?

Pasaba el tiempo y mi niñez se la llevaba el viento, el mismo que mecía la hierba sobre la que me recostaba cada tarde.

Ya tenía dieciséis años y seguía sin encontrar mis estrellas. El ansia de estrellas me había robado los años más bonitos de mi vida, y decidí que tenía que acabar con esto y asumir que mi abuela era una persona muy especial por poder verlas.

Habían pasado tres años de mi última siesta bajo el árbol, intentando buscar las estrellas. Decidí volver una vez más para leer y relajarme.

Aquella vez iba con mi buen amigo, pues yo ya le había contado mis historias bajo aquel acebuche y él estaba con la intriga de saber cómo era aquel paraje.

Pero el momento más triste fue cuando al llegar a la cima de aquella loma encontré un árbol sin hojas y a punto de fallecer.

Rompí a llorar. Aquel árbol, aquellas hojas, aquella hierba... era mi vida entera.

- Sé que estás triste - intentaba consolarme mi amigo - pero si te sirve de consuelo, debo decirte que es normal que los seres vivos mueran, aunque nos cueste superarlo.

No le respondí. Solo quería llorar y hundirme en mi tristeza.

- ¿Sabes qué? alguien muy especial me dijo una vez: “Es maravilloso ver como son los cambios en este planeta. Es algo tan natural y bello... Y nosotros somos parte de este cambio. Todo lo que amamos y odiamos también cambia. Piensa que aunque alguna situación se fuerza tú también lo harás, y entonces volverás a verlos todo recto...”
- Pero esto... es horrible... ¡Esto no es natural para mí! - grité con todas mis fuerzas.

Eso me hizo comprender todo. Aquel paisaje eran mis estrellas. Todo lo que amaba se reducía al acebuche donde jugaba, a la sombra que me cobijaba, a la hierba cuyo tacto era apaciguador...

En ese momento corrí unos metros y me tumbé bruscamente sobre la hierba.

Mi amigo se dio la vuelta y volvió al pueblo. Él quería que yo disfrutase solo por última vez de mis estrellas.

Al llegar al pueblo la oscuridad ya había inundado el cielo. Mi madre preguntó a mi compañero dónde me encontraba yo. Él le respondió que estaba encontrando el amor. Mi madre ante esta respuesta se rió. Aquello le resultó jocoso.

- ¿Tan tarde? - preguntó ella.
- Es que... era su última oportunidad para descubrirlo.